

“Los tres Búhos” atacan a Luis López de Mesa, Eduardo Castillo y León de Greiff

Escribe: VICENTE PEREZ SILVA

Con el seudónimo de Los Tres Búhos, tres jóvenes universitarios arremetieron contra la obra literaria de Luis López de Mesa, Eduardo Castillo y León de Greiff, y lo hicieron en las páginas de la revista *Universidad*, en los números que se publicaron entre el 1º de junio y el 3 de agosto de 1929. Al comienzo de la página preliminar titulada *El diálogo de los Tres Búhos* se lee la siguiente nota:

“Tres jóvenes universitarios, movidos por el estímulo respetable de su rebeldía, han solicitado albergue en nuestras páginas; quieren hacer desde ellas un examen de los valores literarios que el país ha aceptado sin descuento. Nos han dicho, además, que analizarán la obra de algunos compañeros de nuestra redacción. Un doble motivo: el de su propósito sin tacha y el de combatir a nuestros amigos desde un punto de vista estrictamente objetivo, nos obliga a abrir para ellos estas páginas, que jamás se cierran para quienes aspiran a ejercer una crítica seria y fundamentada. Si los búhos tienen, pues, en realidad, algo que decir, pueden estar seguros que desde aquí podrán hacerlo y de que los oiremos atentamente”.

Efectivamente, los inquietos y enigmáticos Búhos aceptaron el ofrecimiento y, sin pérdida de tiempo, con los arrestos propios de la juventud y con el bagaje de sus conocimientos, la emprendieron contra tres ilustres personajes que por aquella época ya figuraban como sobresalientes escritores y poetas. A la respuesta de López de Mesa se unió la defensa del consagrado escritor Eduardo Caballero Calderón, y también la que trae al final el seudónimo Un Super-Búho.

En relación con las obras del profesor López de Mesa que fueron objeto de la crítica hecha por los mencionados universitarios, creemos oportuno traer a estas líneas la apreciación que el mismo López de Mesa hace en su *Pequeña autobiografía* que forma parte de la *Historia de la Cancillería de San Carlos* (Bogotá, 1942):

“En su obra hay un recóndito enlace indisoluble: *Iola* pretende, sin lograrlo, reconstruir el problema sentimental de heroínas clásicas del amor conforme a lo que sería, si viviesen ahora; en los *Apólogos* asume el interpretar una psicología literaria de los sentimientos, pero exagera a ratos o utiliza demasiado a veces; en *Tragedia de Nilse* y *Gloria Etzel* estudia la honda raigambre de los afectos paternal y materno, respectivamente, mas no triunfa en ello, porque se deja llevar de excesiva introspección, de un describir el ‘cómo debe ser’, el ‘cómo pudo ser’, y no el escueto ‘cómo es’, que produce la verosimilitud artística perdurable. De esta serie, los *Apólogos* son sin duda una contribución de primera categoría a la literatura patria”.

El libro de los apólogos apareció en 1918; *Iola*, poemas en prosa, en San José de Costa Rica (1922) y posteriormente se reeditó en Bogotá sin pie de imprenta; *La tragedia de Nilse*, en 1928 y *La biografía de Gloria Etzel* en 1929. Cabe anotar que *Iola* es diferente al libro que con el mismo título publicó el año pasado, en hermosa edición, la Universidad de Antioquia. En 1977, la misma Universidad, con motivo del décimo aniversario del fallecimiento de tan eminente colombiano, hizo la segunda edición de las novelas *La tragedia de Nilse* y *La biografía de Gloria Etzel*. Para el maestro Rafael Maya más que novelas, son estas obras de carácter inclasificable, “confesiones de un sabio que, por pudor profesional, acaso, racionaliza la pasión amorosa y edifica sistemas estéticos y filosóficos sobre el balbuceo de una platónica sensualidad”.

Antes de recrearnos con las páginas de contenido polémico que se reproducen a continuación, conviene recordar que además de las obras ya mencionadas, el profesor López de Mesa es autor de la *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, *Escrutinio sociológico de la historia colombiana* y *Perspectivas culturales*. En todas ellas y en muchos otros ensayos queda el testimonio

del hombre sapiente que consagró su vida a la meditación, al estudio, a la investigación y al servicio de la patria. López de Mesa había nacido en Don Matías, departamento de Antioquia y murió en Medellín, el 19 de octubre de 1967.

Sobra decir que, con miras a descubrir los nombres de los universitarios que utilizaron el referido seudónimo Los Tres Búhos, indagamos a Germán Arciniegas, director que fue de la revista *Universidad* y a Eduardo Caballero Calderón, quien terció en la polémica de marras, infortunadamente, con resultados negativos. Tampoco aparece en el libro *Seudónimos colombianos* de Rubén Pérez Ortiz. Quizás esta reproducción dé pie para despejar la incógnita.

EL DIALOGO DE LOS TRES BÚHOS

Señor director de UNIVERSIDAD.—La ciudad.

Señor director:

En mi carácter de pescador de noticias vengo a contarle la aventura de la noche pasada. Es un hecho cuya realidad está envuelta en una fantasía inusitada. Se trata de un complot contra la personalidad literaria y artística de nuestros escritores, como se verá más adelante.

Bajo la transparencia leda de la noche lunar, pasaba por la carrera séptima frente a Santo Domingo, y cuando al rumor de mis pasos sobre el pavimento se mezcló el tañido taciturno de las dos campanadas, un graznido incipiente acabó de subrayar el silencio con su nota lúgubre. Orienté mi pupila hacia la cúpula y sobre la claraboya estática vi posarse tres aves alicorvas que iluminaron con sus siniestros ojos de berilos las arqueñas heladas del monolito.

Un pánico de niño se apoderó de mí, quise abandonar la soledad fecunda para buscar en el hogar abrigo contra el miedo y el frío, pero unos graznidos entrecortados y suaves que se oían en la torre como conversación de anarquistas en un café oculto, me hicieron poner en acecho.

Con acrobacias juglares subí la torre hasta un punto desde donde pude oír distintamente el siguiente diálogo sostenido por los rapaces noctívagos:

Búho primero.—Nada de nuevo, queridos amigos, desde nuestra última entrevista ya lejana; nada de nuevo en este vivir superficial de los hombres. En busca de novedades he preferido la vida nómada; partí la noche última hacia los tejados de los clubs, profusamente claros, donde se agita esa humanidad en cuyas sienas ciñó la conciencia pública los laureles de la gloria. Escondido trabajosamente en los aleros miraba y escuchaba; nada de nuevo: viejos consagrados por la crítica paseaban su vanidad por los salones comentando con ditirámicas exclamaciones folletines románticos de la peor laya; sociólogos, psicólogos y hasta psiquiatras exhibiendo novelones donde se juntan sin conexión un romanticismo chateaubrianesco con un tropicalismo inverecundo; poetas de renombre traduciendo, en este siglo, a Alfredo de Musset; editorialistas haciendo mosaicos con trozos de Barrés y de Mussolini; alucinados con arrestos leonardinos; maestros que quieren resolver los problemas de la sociología en el centro de las aves o en los paisajes...

Búho segundo.—Sobre los zarzos de los cafetines, miraba como el genio de *El infierno* ese interior sin complicaciones de esta «generación de la boina vasca». Ni un espíritu, ni una esperanza, ni tan siquiera un apóstol. Multitud de muchachos que deliran por el juego del billar, que comentan como un acontecimiento *La novela de la vida real*, que suspiran por la *María* y que exhiben con desvergüenza de ignorantes las obras de Guido de Verona y de Mauricio Dekobra. Estudiantes de derecho que elogian la filosofía de Rafael Núñez, que «desquician» en media hora la obra de Kant, que hablan de la teología de san Agustín con «erudición desconcertante».

Futuros médicos que tratan de buscar las causas de los escasos tiroidianos en el estilo de los ascendientes, o que ven en la hipertrofia de ciertos órganos un signo de condenación perpetua.

Estudiantes de ingeniería que disertan horas sobre la cuadratura del círculo, que «destruyen» los principios del cálculo sublime con probar que Newton carecía de sentido común, y que afirman papalmente que la ecuación de tercer grado es irresoluble, porque hasta ahora no se ha podido resolver.

Búho tercero.—Definitivamente no tenemos críticos. Todo el que en este país hace el estudio de una obra no encuentra sino bellezas. Si parece que el sentido crítico hubiera abando-

nado a los hombres de esta tierra, si parece que todos nuestros escritores fueran genios o pagaran a los críticos de profesión la propaganda de sus obras.

Búho segundo.—Tenemos una juventud que no ha prestado su contingente a la colectividad, tenemos un organismo fuerte, y aunque nuestros picos aún no tienen la consistencia córnea nos serviremos de ellos en la lucha.

Ocultos en la oscuridad vigilaremos la vida espiritual de nuestro pueblo y publicaremos los pecados con la sangre de los infractores. Ofrezcamos como tributo a la vida todas nuestras fuerzas vitales en esta campaña de renovación.

Búho primero.—Sí, emprendamos esta campaña con la solemnidad de un rito.

Búho tercero.—Sí, Sí...

Búho segundo.—Ya estamos de acuerdo, hermanos. Todo nos favorece para el buen logro de nuestra misión. Vamos a iniciar esta tarea de alquitara que es sagrada como una religión. Ante nuestras miradas nada quedará oculto. Letrados y doctores rodarán como mausoleos minados por el tiempo, al rumor de nuestras alas olímpicas. No olvidemos nuestro graznido sacramental: «depuración». Ataquemos desde nuestros picachos inexpugnables ese falso monumento de nuestra literatura. Analicemos y destruyamos. Unidos los tres formaremos el símbolo ante el cual las manos de nuestros escritores dejarán escapar la péñola empobrecida. Sólo los valores esenciales quedarán en pie. Somos los iconoclastas modernos, destrozadores de los falsos literatos.

Búho segundo.—Cada uno de nosotros pondrá su empeño en alcanzar tan alto fin. Adjudiquémonos la parte de trabajo que nos corresponde.

Búho primero.—Yo tomaré la balanza y la conservaré fiel.

Búho tercero.—Yo pondré las obras en un platillo y haré la tara.

Búho segundo.—Y yo anunciaré los resultados.

Búho tercero.—Paramos. El próximo sábado nos reuniremos para continuar nuestra labor.

Búho primero.—Depuración, hermanos.

Búho segundo.—Sí, Sí, depuración, depuración.....

Y los tres búhos se echaron a volar por el sur de la sabana que empezaba a dorarse de sol nuevo.

No somos amigos de llamar blanco a lo que tiene sombras, ni compartimos la idea de los críticos que por dar un buen corte al período, traicionan su pensamiento.

Difícil tarea es arrebatarse el puesto de vanguardia en que por arte de birlibirloque se han colocado ciertas figuras segundonas de nuestra literatura patria. Al revés del Pacheco de Queiroz, el arte de «hacer mucho» y pretenderlo todo ha venido a ser en nuestra tierra el secreto del triunfo de ciertos alucinados.

Nos imponemos hoy la labor de analizar someramente la obra múltiple del profesor López de Mesa. Difícil tarea si no viéramos en él al renacentista en su exaltada universalidad.

Sus obras tienen puesto en las distintas secciones de las bibliotecas; tratados de sociología, ensayos de psicología, novelas en que estilo y motivo se nos presentan en una eterna baraúnda.

En *El libro de los apólogos* se nos presenta el filósofo que quiere dar a la verdad el lirismo de una frase de relumbrón, y en varias partes (*Iola*, página 47 y *Libro de los apólogos*, página 63), como si llegara a la posesión de una verdad por nadie descubierta hasta ahora, exclama como en un raptó: «ser feliz es tener dentro del alma la gratitud de haber armonizado nuestra ilusión con alguna realidad». Qué feliz descubrimiento. Hasta ahora no se nos había ocurrido definir la felicidad..... pero de seguro que así la habría definido cualquier Perogrullo. Otras veces exclama: «cualquier instante, un solo instante, puede ser principio de una eternidad» (*Iola*, página 42). Creemos que sea un error de imprenta que no un error de apreciación. Por algo nos dirán en la escuela que Dios es eterno. Cuán diferente sería la vida si de cada «instante» hiciéramos una eternidad.

Y oigámoslo hablar de Beatriz, a quien quiso idealizar en estas palabras: «Beatriz es una objetivación del alma enamo-

rada; es el alma de un hombre proyectada en la realidad». Resulta que al ser objetivación del alma enamorada es también el alma de un hombre. ¿Qué diferencia de esencia encuentra el ilustre psicólogo entre el alma del hombre y la de la mujer? ¿A qué obedece este prejuicio oriental en el destacado sociólogo?

Analícemos separada y brevemente cada una de las obras del mentado profesor:

«EL LIBRO DE LOS APÓLOGOS»

En esta obra, donde Luis López de Mesa inicia el uso y el abuso de la palabra «personalidad», no encontramos una personalidad compacta. Como Emerson y Vivián, el extraño personaje de Wilde, parece que hubiera puesto «Capricho» en la portada de su obra.

Nace este estado de caos en este libro de los intrincados senderos filosóficos que sirven de materia al lírico.

El apólogo de las multitudes es el prólogo que el profesor hace de su libro.

El pensador es el maestro López de Mesa y las multitudes somos nosotros, sus lectores.

Con la timidez de quien presiente el fracaso, el *pensador* se ve arrojado lejos de las multitudes con «vilipendio y dolor» y anticipa los sucesos para prevenirse contra la realidad.

Oigamos al *pensador* solitario:

«Si queréis hallar los caminos de la verdad suprema, debéis hacer el sacrificio de muchas cosas adjetivas de vuestra existencia».

El profesor afirma que la verdad se consigue por medio de sacrificios, como aquellos anacoretas salvajes que vivieron en el siglo VI antes de Cristo y que buscaban en el hambre, en la aridez infinita del desierto, en los silicios y en el aislamiento de las cosas adjetivas de la vida, la fuente de la verdad.

Pero olvida que tras los ermitaños, prebúdicos llegó el verdadero genio que apartó a su raza de esa vida irracional.

Para acertar en las elocubraciones científicas es necesario el vigor corporal, ya que la potencialidad espiritual está en pro-

porción con la fuerza animal, y el vigor corporal no se adquiere a base de sacrificios.

Continuaremos escuchando:

«El arte sorprende la verdad en los pliegues de una emoción»

Amigos de las síntesis en esto de las especulaciones hemos ido al diccionario como a un oráculo de Sibila a consultar estos términos: arte, verdad, emoción, que se destacan en ese horizonte lírico como tres pirámides, y el diccionario, con una embrujada frialdad, nos ha contestado.

Arte.—Aplicación del entendimiento a la realización de una concepción.

Verdad.—Calidad de lo que es cierto.

Emoción.—Agitación, turbación del ánimo.

Estos tres conceptos se destruyen mutuamente, pero nos permitimos volar brevemente por los espacios de la especulación.

Podríamos replicar al pensador que hasta ahora el arte en ninguna de sus formas ha logrado sorprender la verdad en parte alguna y menos aún en la emoción. La emoción precisamente turba las facultades mentales, medios de que se vale el hombre para la consecución de la verdad. Nos resistiríamos al deseo de aplicar al escritor esta métrica primaria del diccionario que corta las alas del pensamiento; pero nos hemos formado un concepto tan preciso, para nosotros de su «personalidad», de su sér psíquico, que la vemos en esta frase como en un espejo. Parece ella tener en todas sus obras la gravedad de un axioma, y bien podría ser el epílogo de su filosofía romántica.

Pero sigamos escuchando:

En el apólogo de la gloria, dice el maestro: «crear es devolver a la naturaleza la energía que nos prestó». Como este libro tiene un carácter filosófico, decimos al maestro que su definición está errada; que la idea de creación excluye en este caso la de devolución; que devolver implica existencia y que lo que existe no se crea sino que se transforma en energía material o mental.

Llegamos al apólogo de la filosofía. Qué poca filosofía encontramos en él: unos cuantos términos técnicos de aquella ciencia, engastados en la lírica de su romanticismo.

«No está en mí el devolverte el reino de tus antepasados, mas puedo sí darte el reino interior que sólo limita con la eternidad y el infinito».

Allí la eternidad y el infinito tienen límite como en otra de las obras del maestro «el tiempo es inacequible por toda una eternidad».

Que escriba el maestro López de Mesa apólogos del recuerdo, de la ilusión, del ensueño, de la fatalidad y de la alucinación, donde pueda dejar correr la pluma en raptos de lirismo, donde pueda disertar sin peligro sobre la estética, está bien, pero que no nos hable de la filosofía, en arrebatos que son negación de la filosofía, que no nos limite el infinito y la eternidad.

«CIVILIZACION CONTEMPORÁNEA»

¿Qué nombre podremos darle a esta obra? ¿Ensayo? ¿Novela? Nó, aun cuando el tema de suyo árido, imposible a los períodos relumbrantes del lirismo, puede calificarse entre los tratados de sociología.

¿Pero qué importa la terminología burguesa con que editores y libreros catalogan su artículo en el comercio?

No queremos analizar el aspecto científico de esta obra o la resonancia que pueda tener en los problemas sociales. Nos parece, sí, que donde debe alentar el espíritu de observación y el análisis del tráfigo continuo de civilizaciones y sociedades, no está bien el estilo lírico y la búsqueda de emociones en aves y paisajes. El lirismo queda al ensayo, como a aquel atormentado cuerpo la nariz que nos describe Quevedo.

«IOLA»

Pero cuidadoso de su «personalidad» el profesor López de Mesa, y atento a la fórmula dannunzziana «renovare o morire», que ha servido de norma a endiablados políticos, hace su tercera salida con *Iola*.

En este libro el lírico se nos presenta menos ambiguo y más solo. Desfile de mujeres: Laura, Beatriz, Helena... en actitudes lineales. Nos hace recordar esas compañías dramáticas que recorren nuestros pueblos y en que, por falta de actores, un mismo personaje hace de gato y de ratón.

Su estilo, por la unidad de personajes y por el tema, el amor, tiene la gris monotonía de los antifonarios.

Cierra sus páginas con la «insinuante» Euritmia, que define: «buena disposición y correspondencia de las partes semejantes de un edificio».

¿Querrá embargar la opinión del lector para la benevolencia en el juicio de la obra, como al iniciar *El libro de los apólogos*, con el sugestivo apólogo de las multitudes?

En cuanto a la correspondencia de las partes de esta obra, creemos que el hilo que las une está en el lomo.

«LA TRAGEDIA DE NILSE»

En esta obra se nos presenta sin pasión ni originalidad el *novelador*.

Queremos dar a esta última palabra un significado que para el lector más suspicaz pasara inadvertido, tal vez por deficiencia objetiva de expresión, o un significado que quizá no le corresponda con mucha precisión. Nos explicaremos: queremos entender por *novelador* el preparador, por decirlo así, de materias. De este trance no saldría bien librado López de Mesa. Su motivo carece de novedad, de intriga, de desenlace. Podría ocurrírsele a cualquier Juan Lanas o Perico de los Palotes.

Hemos analizado al vuelo la labor del maestro, más tarde, aves importunas, nos posaremos sobre la última obra del templo de su arte. Después... seguiremos nuestra ruta inquieta de rapaces trashumantes.

EDUARDO CASTILLO VISTO POR LOS TRES BÚHOS

Eduardo Castillo, el lirida cuyos cantos tienen para nuestros críticos el sello de la perennidad, ha dado a la luz pública un libro de versos: *El árbol que canta*, que cantará siempre una de las más bellas sinfonías de la generación del centenario.

Pero con haber tenido un rasgo inusitado de grandeza, al no aceptar para su libro un prólogo ajeno, que como todos sería elogiástico por demás, el poeta inicia sus cantos con un poema cuyo motivo es indigno de la gloria del cantor y del conjunto del libro.

.....
*Libro que de mis lágrimas naciste:
habrás cumplido tu misión secreta
si logras consolar un alma triste.*

El mismo «clisé» de todos los románticos, la misma cantilena quejumbrosa zarandeada con afán y sin tregua por todos los poetas de quienes, en frase incomparable, dijo Sanín Cano: «hacen de sus dolores una tabla de anuncios».

Como nuestra crítica tiene una base estrictamente objetiva y juzgamos a cada cual según sus obras, no podemos ser injustos, de lo contrario nos condenaría la evidencia, traicionaríamos nuestro pensamiento y cometeríamos un pecado contra el sentido de nuestra divisa. Por eso daremos, a quien quiera, cuenta de cada una de nuestras palabras.

No analizaremos las actividades múltiples de Castillo en la crítica; a Florizel le hemos visto elogiar sin medida a muchos de nuestros escritores y dudamos mil veces de la sinceridad de algunos de sus juicios.

No juzgaremos *El árbol que canta* desde el punto de vista de las ideas estéticas modernas, porque de él no quedaría ni una sombra. Este libro es anacrónico en nuestra época. Es un canto romántico que suena como un eco de ultratumba porque el romanticismo murió hace mucho tiempo. En esta hora mecánica en que el vocerío ululante de las sirenas es un himno al progreso, en que las agujas de las catedrales son reemplazadas por el humo negro de las chimeneas, en que el jazz ha sustituido a las avenas virgilianas y el charleston a las danzas rítmicas de la Roma imperial, en que las aspiraciones máximas se cristalizan en oro o se liquidan en petróleo, un poema romántico tiene la excentricidad afligida de los desheredados.

El primer canto de Castillo debería ser un insulto a los hados que retrasaron en medio siglo el nacimiento de su obra.

El poeta de *El árbol que canta* es romántico por subconciencia y tiene la incapacidad de traicionar su sensibilidad. Su libro destila la tristeza helada de la antigua Santa Fe; su figura, que parece diluirse como la de Keats cuando, en sus últimos días, contemplaba los jardines de Salustio, evoca los castellanos de la época colonial; su porte lineal, de búho introspectivo, nos

lleva a los tiempos en que los hombres amaban, como fuente inexhausta de belleza, la tristeza y la fecunda soledad; es el lirida en cuya alma se copió toda la tristeza infinita de un pueblo.

Pero posémonos en el árbol cantarino, aspiremos sus perfumes alucinantes y desgajemos las hojas marchitas y secas para dejarlo inocente de vejez y de muerte.

A media voz.

.....

*Lirios de las liturgias, nardos de los maitines
que en los vasos rituales mueren de una celeste
anemia.....*

Evocamos los templos, desde las catedrales del renacimiento hasta las penumbrosas iglesias santaferneas, donde todo palidece con «anemia celeste», desde los lirios y los nardos que llevaron en sus pétalos la frescura de los jardines, hasta los cirios erguidos, hasta los votivos lampadarios y hasta la faz mística de la hermanita de la caridad.

El primer terceto no es modelo de originalidad, pero el poeta, reaccionando, termina con una dulzura que hubiera envidiado Lamartine:

*Yo queria ser bueno..., yo queria ser bueno,
y dormir en tu seno y ensoñar en tu seno
como en el de una frágil hermanita menor.*

Esta comparación es perfecta: el amor del poeta para la hermanita se ve acrecido por los adjetivos frágil y menor como en un impulso infinito de cariño. Es uno de los pensamientos más bellos de Castillo. Pero nó, hemos afirmado algo que para nosotros es dudoso, porque en el poema *Gitana*, de Aurelio Martínez Mutis, hemos leído esta estrofa:

*te quiero muy más que el amante: te quiero
COMO UNA HERMANITA MENOR.*

¿Cómo explicarnos esa igualdad absoluta entre los dos poetas? Esperamos que por el honor de sus nombres nos darán alguna explicación.

.....

El sueño familiar

.....

*Que apenas para el alma que la nombra
fue algo como la sombra de una sombra
o UN SUEÑO RECORDADO EN OTRO SUEÑO.*

Intangencia más perfecta llegaría a lo suprasensible. Lástima que ya el gran polígrafo hubiera intitulado uno de sus escritos: *Un sueño recordado en otro sueño.*

Arieta.

Días felices

y tan lejanos

que se nos fueron

de entre las manos

.....

Eramos una

pareja loca

con muchos besos

ENTRE *la boca*

El poema de la sencillez, de la emoción que surgió en la alborada de la vida, evocada con el olor manido de los recuerdos, a través del espacio que veló con sus sombras nuestros pasos inciertos.

No nos seduce la preposición «entre» del último verso. Brumell que cerca a la amante aristocrática hubiera dicho con naturalidad: *I am going to stool* no se habría atrevido a decirle: *Kiss me in the mouth.*

Pero Castillo, el más delicado de nuestros poetas, no sólo concibe los besos en la boca sino «entre la boca», como si fueran objeto del aparato digestivo o tuvieran algún aspecto gastronómico.

Canción del otoño.

*En el misterio del parque viejo y abandonado
donde el otoño tiende sus áureas, fúnebres pompas
con ceceoso, suave susurro de ajadas sedas
caen las hojas...*

caen las hojas...

Ni Keats en su oda al otoño, escrita cuando sentía sus venas exhaustas, cuando percibía la fuga de la vida que amó como avaro; cuando su endeble cuerpo se curvaba al peso excesivo de su cabeza de dios, vertió la tristeza helada de este poema espectral.

Juzgamos al tercero como el mejor verso del libro. Hemos buscado en los románticos, hemos trasegado por los clásicos y no hemos encontrado aliteración más perfecta ni en santa Teresa, maestra insuperable de la aliteración.

*¡A los abismos de lo pasado,
ya te me fuiste juventud loca!
De entre mis manos entorpecidas
aún coronada de uvas y pámpanos rodó la copa,
y de mis sienes donde blanquea nieve octubreña
se despetalan tus dionisiacas últimas rosas...
A mi reclamo ya su ventana cerró Julieta,
está la escala de seda rota
y en el granado donde cantaba su cantinela
bajo la luna, murió la alondra...*

Este canto lo debió «vivir» Castillo en una tarde de otoño. Porque siempre las tardes han sido propicias para la inspiración romántica: como las de la Acrópolis, como las del Licabeto, como las de Fuenterrabía a través de las evocaciones de Loti, como las de Santa Fe, todas copiaron en sí la esencia de tristezas ilímites.

Lo debió «vivir» en una tarde en que evocaba la juventud dionisiaca «en medio de hetairas y mimos y poetas», esa juventud ansiosa de los paraísos islamitas y de romper la copa de oro en un arrebató olímpico.

El ídolo.

No vamos a decir que es de los mejores sonetos del libro. Tiene pensamientos como «el horizonte de las quimeras», cuyas palabras forman, en todos los poetas, matrimonios indisolubles. Pero el primer terceto:

*Al par ramera y virgen, tú posees la llave
del negro paraíso donde brindas el suave
nephtes de tus labios a los mismos que inmolas,*

es todo un poema. Allí el sueño alucinante de los jardines nirvánicos; allí el suave peligro de una vida feliz de subconciencia; allí la carcajada festiva a la realidad abrumadora, allí el aniquilamiento del cuerpo como en los autógrafos búdicos el nirvana metafísico.

Sensación crepuscular.

A pesar de su sentimentalismo gastado por demás, este poema tiene pensamientos en forma original y deliciosa:

La hora, que vestida de seda azul se aleja.

y este otro:

*que el alma se disperse como un olor de rosas
en este ambiente tibio de seda extenuada...
Es dulce, cuando se ajen las tardes silenciosas
pensar las mismas cosas y no decirse nada.*

A más de la novedad exquisita en las expresiones «seda extenuada» y «se ajen las tardes» este cuarteto tiene la belleza de las añoranzas, del vivir solitario horas pasadas, la belleza fecunda de la visita de Emerson a Carlyle.

Elogio conceptuoso de tus manos.

Es una gema labrada maravillosamente por un artista infalible. Como Praxiteles modelando su Hermes, Castillo puso en él toda la fuerza de su inspiración. Sólo en el concepto de un genio cabe semejante perfección. Es la apología perfecta de lo material, llevado en viaje de luz a lo suprasensible.

María Emma.

Este soneto tan elogiado por Lozano y Lozano tiene versos que pasaron a los archivos de la poesía:

ojos como de oscuro terciopelo.

que hay mucha espina en el mundano suelo.

¿Quién no ha visto muchas veces la primera comparación?

¿Quién no ha oído hablar de «las zarzas del camino» y de «los abrojos de la senda»?

A una novia de ayer.

Copiamos en seguida estos versos de Castillo:

*Cuanto más bella cuanto menos mía,
cuanto más dulce cuanto más ajena.*

Y estos otros con que termina *Efigie*, de Rafael Vásquez:

*Fulge más bella cuanto más remota,
mucho más dulce cuanto más lejana.*

Y dejamos al lector la tarea de hacer la comparación.

En la madrugada trasciende a voluptuosidad, al aire tibio de la alcoba, al calor modorroso de las frazadas. Por allí desfilan en eterna baraúnda las notas del piano, el tintineo incesante de Tubalcaín, los pregones sonoros de las floristas, mientras poco a poco

*La señora rata
—muy digna matrona
pero ya harto obesa—
trota... trota... trota.*

En *El Ulisida*, en *Thalassa* y en *A la nave de Virgilio* el poeta busca la inspiración en el mar. Es el amante del mar inmenso, innúmero, libre. Lo anhela como el cantor de la vida profunda, como los fenicios, como Jenofonte cuando mirando desde la alborada el Euxino, exclamó, alucinado por la inmensidad: ¡El mar!, ¡el mar!

La vampiresa.

En este poema Castillo quiso reaccionar contra las formas viejas, con tan mala suerte, que construyó un canto monótono, sin cadencia y que sólo tiene de poesía la igualdad silábica de sus versos. Cada línea de este poema es un martillazo seco, y

esto se explica claramente: nuestro poeta nació para cantar las tardes, el amor, el otoño, pero alejado de estos motivos tiene la cruel monotonía de los antifonarios.

La hora embrujada es un bello canto cuyo estudio no cabe en este corto artículo. Es el canto del misterio, de la noche, de las hecáteas, de los búhos.

El poeta ha sufrido una equivocación mitológica al llamar hécate triforme a la luna. Los helenos tenían dos hécates: la simple, que era Selene, divinidad lunar, y la triple hécate, divinidad infernal.

Tristitia rerum.

Llegamos al soneto de la más mala construcción gramatical, de la más mala construcción retórica y quizá en donde menos alienta la inspiración a pesar del motivo.

Es el poema de los lugares comunes y de las rimas comunes.

No es que sigamos la escuela del maestro Arciniegas, cuyo único programa es el de las «rimas raras». Pero en fin, alguna razón tiene el maestro.

Si fuéramos a curiosear los versos de los colegiales *aficionados*, de seguro encontraríamos en su azul cuaderno algún soneto que nada tendría que envidiar al poema a que nos referimos.

Dice así Castillo:

*El dolor es el alma de las cosas
y MAS si son efímeras y bellas.*

El adverbio *más* no parece que se refiriera a la proposición anterior, puesto que nos dice el poeta en forma absoluta que el «dolor es el alma de las cosas». Habríamos pasado inadvertido este error de construcción, si el dicho adverbio no nos fuera tan prosaico.

Y sigue el primer cuarteto:

*quizá por eso nos parecen ellas
tanto más tristes cuanto más hermosas.*

Aquí «cosas» y «hermosas», «ellas» y «bellas» no son «rimas raras».

Segundo cuarteto:

*Habitadas por almas misteriosas
nos ocultan sus íntimas querellas,*

Ya nos había dicho en el primer cuarteto que las cosas tienen alma.

Pero se *desenvuelve* de la siguiente manera en el mismo cuarteto, después de poner una coma en querellas:

*aunque sólo el dolor de las estrellas
se puede comparar al de las rosas.*

Al adverbio «aunque» *le pasa* lo que a su compañero «más»: no alcanza su valor de expresión ni su valor gramatical a unir seriamente estas dos frases.

Ya vemos que el poeta nos quiso decir que unas cosas tienen más alma que otras, pero la construcción de las frases no es para decir tanto.

Por no extendernos demasiado, no copiamos los dos tercetos; pero abundan en ellos las frases prosaicas: «de modo que», «por lo menos», que parecen de una carta comercial.

Quizás este soneto lo escribió el maestro en una tarde aburrida y solamente por aquello de hacer algo.

En *Las campanas navideñas*, poema de cadencia deliciosa, el poeta tiene pensamientos de verdadera originalidad:

*las campanas que se vuelcan como urnas
de inauditas resonancias en la atmósfera sonora,*

Hay partes en que llega a lo picaresco, versos que reflejan la transparencia de los cuentos de Andersen y de Perrault:

*hacia Etrata se apresuran
a llevarle golosinas y juguetes,
Pulgarcito, Caperuza,
el gentil gato con botas y las hadas y los genios
de Perrault.*

Juzgado en el ambiente del siglo XIX, su libro es un bello libro. Es un árbol cultivado con arte exquisito. Allí se encuentran las rosas de Saadi, *Las flores del mal*, el beleño y las amapolas alucinantes e irremediables. Allí la manzana de la sabi-

duría como en su huerto primordial. Allí se siente la frescura de los jardines de Babilonia. Por sus ramas alargadas como estelas cometarias se puede progresar hasta las Orcades, hasta los rosales de Ecbatana, hasta la sacra Hélade, hasta el mar y hasta la isla de Citeres.

Nosotros, búhos inquietos, en nuestras excursiones trashumantes hemos blasfemado contra los hados que animaron con un espíritu del siglo pasado un cuerpo del siglo XX.

Bien nos lo dice el poeta: «yo en siglos ya remotos viví por modo vario», pero lo triste es que su musa siguió viviendo en edades remotas, que pasaron a la historia dejando apenas una estela de tristezas que no alcanza a eclipsar la llama incendiada de la renovación.

LOS TRES BÚHOS DE "UNIVERSIDAD"

Por Eduardo Caballero Calderón

Soy enemigo de la crítica entendida en el sentido familiar que suelen atribuírle las señoras, y creo que la otra, la verdadera crítica que pesa y discrimina, analiza y comprende, no es propiamente el campo para las mentes jóvenes incapaces de la serenidad y la cordura. Un estudiante metido a crítico, que pretende sojuzgar la obra de un filósofo, o un artista, o un literato, me da la penosa impresión de los frutos madurados en ciernes, cuando no me provoca el mismo regocijado sentimiento que causan los niños "jugando a generales".

Pero no es de extrañar que en nuestro país se llamen críticos justamente los jóvenes, cuando aquí vemos que la carrera literaria se comienza en la prosa por el género quizá más difícil, el cuento, y en la poesía por la forma más incompatible con la impericia juvenil, el soneto. Crítica, cuento y soneto son la tricolor banderola que empuñamos los jóvenes desde que comenzamos a escribir, engañados en gran manera por la asequibilidad que aparentan. Así desperdiciamos el tiempo destinado a sembrar la semilla y a preparar la futura cosecha, en discusiones estériles sobre la bondad y calamidades de la anteriormente recolectada.

Labor es esa de gente preparada largamente en el estudio y la experiencia; labor impropia del que no puede exhibir hasta ahora más que dos manos y un buen espíritu para el trabajo.

Asimismo soy enemigo irreductible del seudónimo, sobre todo cuando tras él se esconde la inquietud de un espíritu joven. Pues a la verdad, no tiene por qué usar seudónimo quien posee un nombre tan anónimo en la república de las letras como el más advenedizo de los seudónimos. Precisamente entendía yo que escribiáramos para que se nos fuera conociendo tal cual somos: fin que por el otro medio no conseguimos. Sin embargo, me explico en los jóvenes la cuasi-manía del seudónimo por razones de índole afectiva, ya que para ellos la careta de Pierrot representa virtudes maravillosas.

Pero, ¿a qué ocultar nuestro nombre? ¿No hay insinceridad en ello? ¿No hay un poquito, tal vez, de cobardía?

Todavía es perdonable ponerse la careta y usar el seudónimo cuando tememos que nuestras palabras y razones sean tan descabelladas y huecas que más valiera no sacarlas a luz. Pero en tal caso fuera mejor callarnos de una vez, ya que nadie ha de perder porque no hablemos. Lo que sí es imperdonable de todos puntos de vista es parapetarse tras el nombre supuesto para herir mejor, más cómoda e impunemente a los que en todo caso son superiores a nosotros bajo un aspecto, el de haber creado algo, el de haber realizado una obra.

Y esto dicho, me permito hacer una insinuación a los jóvenes Búhos que han querido picar en la oscuridad, en vista de que los Búhos sólo vuelan de noche, y vuelan mal.

Confieso que me interesó en principio enormemente la labor que pretendían llevar a cabo los tres Búhos por su más noble significación: la de señalar la actitud que debiéramos asumir los jóvenes en presencia de los maestros consagrados. Indudablemente los maestros tienen mucho que hacer en pro de la juventud en el sentido de presentarle orientaciones definidas, mayormente si se precian de filósofos o de sociólogos. Hay que reconocer en ellos la experiencia de los años, el conocimiento de los hombres, la familiaridad con las ideas, el trato con los libros, cosas todas que les capacitan sobradamente para dar su aporte de pensamiento a la colectividad.

Y por otra parte, es necesario aprovechar de ellos las enseñanzas que se acomodan a nuestras necesidades de hoy, y respetar, sin seguir, las ideas que defienden con vigor, pero que no pueden ser hoy aceptadas por nosotros. Si se quisiera hacer

la crítica del maestro en relación al espíritu joven, no podrían pasarse de largo el ambiente actual, la necesidad actual, la sociedad actual y las ideas actuales imperantes. Ni tampoco habría que olvidar que los puntos de vista del maestro son determinados y que, por tanto, es preciso considerarlos en su esfera, sin concederles otra significación que la que el maestro quisiera darles.

Eso cuanto a las ideas; cuanto a la forma, a cada cual debe evaluársele la suya según la tendencia literaria a que obedezca, el género a que se dedique, las circunstancias en que obre y el público a que se dirija. Tanto valor puede tener hoy en España García Lorca, supremo representante del actual neorromanticismo (sepan los Búhos que el romanticismo ha vuelto a estar de moda), como San Juan de la Cruz, exponente altísimo del misticismo puro español. Entre ambos poetas median siglos, y la diferencia de ambientes, circunstancias y talentos es bien grande, como cualquiera echa de ver; y sin embargo cada cual considerado en su campo es portentoso, raya casi en lo genial y es acreedor a los aplausos. Pero si aplicamos a cualquiera de ellos el diccionario y el espíritu rastrero de Valbuena, no es con dificultad como podemos destrozarlo. Y esa labor, sobre inútil y fácil, es antipática.

Los tres Búhos han querido emplear el método de destripar las frases para juzgar de nuestros maestros, ya sean pensadores como López de Mesa, ya poetas, como Eduardo Castillo; y lo que han logrado probar es dos cosas, quizá no perseguidas por ellos al iniciar sus críticas pomposas: primero, que saben "criticar", dando a este verbo la acepción socorrida por las señoras en los costureros, y segunda, que no saben "hacer crítica", tal cual debemos entenderla.

Está muy bien que en un libro de cuatrocientas páginas se juzgue uno de doscientas, si es que se quiere andar de letra en letra, como las polillas, sin perdonar las frases mal construídas, ni los gazapos gramaticales, ni los errores tipográficos. Tal cosa hizo Valbuena, quien aplicó su talento polillesco a las obras de Caro y de Menéndez Pelayo, y tal cosa hizo Suárez, quien analizando frase por frase la novela PAX, de Marroquín, llegó a la conclusión de que estaba muy mal escrita. Pero pretender que en un artículo de dos columnas se juzgue cumplidamente de la obra de un pensador o un literato, siguiendo el método de analizar una que otra frase mal hecha, para de ahí concluir

con que toda la obra es copiada, o mal concebida, o anacrónica, eso es sencillamente tonto. No creo que pueda deducirse nada, absolutamente nada sobre la mentalidad del doctor López de Mesa, fundándose en que unas frases de alguno de sus libros son oscuras, contradictorias o falsas. Ni creo que nadie pueda formarse un juicio sobre Castillo al leer las páginas que le dedican los tres Búhos, en las cuales se concretan a glosar unos versos entresacados de las composiciones del poeta, con un criterio netamente reporteril. Con el sistema empleado por los Búhos cualquiera se compromete a desbaratar en dos páginas la obra de Cantú, o los dramas de Shakespeare; pero nadie es tan tonto.

En resumen, la anunciada crítica de los tres Búhos de "Universidad" fue el parto de los montes: un ratoncillo que en la oscuridad de la biblioteca y amparado en su anonimidad, se dedica a medrar a costa de los otros.

Lo malo aquí no es el ejemplo, sino la indigestión de los tres Búhos.

LUIS LOPEZ DE MESA VISTO POR LOS TRES BÚHOS

Antes de entregarnos a la labor de analizar y criticar "La Biografía de Gloria Etzel", último hasta ahora de la serie de ensayos de nuestro común amigo el doctor López de Mesa, debemos amplificar los comentarios que nos arrancó el libro que le precede, bautizado con el sugestivo título comercial de "La Tragedia de Nilse".

Tanto más necesario es esto, cuanto que, por la cortedad de los párrafos con que lo estudiamos en uno de los números pasados de "Universidad", empieza a murmurarse que rehusamos emprenderla con el profesor, dizque desconfiados por la poca consistencia córnea de nuestros picos. Y más especialmente aún, si se tiene en cuenta que "La Tragedia de Nilse" encierra errores de tal cantidad y calidad que, de ser conocidos, deshonorarían a cualquier escritor en un ambiente distinto al nuestro.

Porque entre nosotros no sucede ni por excepción lo que constituye una norma diaria en los demás países lectores. Allá se lee, se analiza y se estudia, el todo y las partes de la obra, cuyo autor aspira a ser consagrado. Aquí nos dejamos arrastrar por un primer impulso de entusiasmo novelero. Y en las

más de las ocasiones basta el nombre del autor para que los pseudocríticos turibularios, se den a llenar columnas y columnas laudatorias sobre un libreto del que no conocen la portada. A esto se debe el que ensayistas de categoría mediocre, reciban el espaldarazo popular que los consagra merecedores de figurar en letras doradas en los anaqueles de todo lector; espaldarazo que una vez concedido, impide alejar esa aureola, colocada inmerecidamente, y que llega a convertirse en gloria vitalicia de muchas medianías oblicuas.

Y empezamos:

Luis Eduardo Nieto Caballero, a quien hemos tenido la fatalidad de leer detenidamente y de quien nos ocuparemos en breve, asegura en un estudio que hace sobre la obra de que nos ocupamos, que no corresponde en manera alguna el título a la trama que en el libro se desarrolla. Es verdad. El motivo sobre el cual el doctor López de Mesa desarrolla su estudio de psicología, ni es tragedia, ni es de Nilse. Es un drama muy humano y muy sabido de un hombre engañado por su esposa; pero al cual el autor le comunica, justo es reconocerlo, ciertos tintes de originalidad. El autor y el personaje (al que se le ha negado un nombre propio, no nos explicamos por qué), dialogan. La acción se desarrolla primero en los corredores de la casa del narrador, luego en los jardines, después por las calles de Chiquinquirá. De este punto en adelante puede el lector observar fácilmente cuán lejos está López de Mesa de ser un novelista. La obra no tiene conexión alguna, si se exceptúa el bramante engomado que une sus páginas. Da la impresión de un mosaico, donde se encuentran desordenadamente cuatro colores, que representan las cuatro actividades principales a las que se dedica el autor: sicología, sociología, filosofía y lírica. Estos cuatro colores representativos, se desvanecen al acercarse unos a otros, pero dejan apreciar claramente los espacios claros que los separan impidiéndoles formar un conjunto lógico. La descripción que pone en boca del personaje principal es tan extensa que no puede concebirse un conversador tan fecundo, ni un oyente tan infatigable. Aparte de esto es una exposición bella. Allí se evocan agradablemente los tiempos de Atenas La Magnífica, genitora y purificadora del arte; y por entre las rotas columnas del Paternón, que parecen dibujar en el suelo arenoso misteriosos jeroglíficos, por entre esas arcadas diseminadas en el suelo como divinidades caídas en un combate olímpico, desfila la

pléyade de filósofos, poetas y políticos que la magnificaron; allá se siente resonar como una epopeya, transmitida y conservada por los siglos, el grito alucinante del latino, que recogió Castillo en el ánfora sagrada de un soneto "el mar, el mar".

En algunos de sus períodos llega a la sublimidad. Es la parte más bellamente escrita de la obra, como que en ella da curso a toda su sensibilidad de lírico, la parte más destacada de su personalidad. Pero desgraciadamente disuena en el conjunto porque aparece intercalada forzosamente. Hay cosas que no deben aproximarse y menos aún amalgamarse, como la filosofía y la literatura, porque tanto la una como la otra pierden la belleza que admiramos en ellas separadamente. ¿Quién no sentiría malestar profundo al contemplar, desde la oquedosa ribera, un soberbio acorazado moderno surcando las azules aguas quietas del Tiberíades memorioso, o mirando ascender un automóvil trepidante por la cima supersticiada del Calvario? Tal así la mala impresión de estética que en nosotros produce esta bella evocación poética, junto a los razonamientos que el autor arranca de un drama muy humano y muy simple.

La narración continúa estudiando la forma, la sugestión y la belleza de los diferentes artes: griego, romano, árabe, hispano-romántico en una sucesión tan larga de detalles que hace olvidar cuál es la trama y cuáles los personajes. Nos sentimos entonces leyendo las epístolas de viaje de un turista aburrido, que describe suntuosamente los edificios y paisajes mirados desde la ventanilla del tren, la borda del buque o tras el parabrisas de su automóvil.

Es tal el estilo didáctico en esta parte del libro, que instintivamente miramos la contraportada buscando el "Puede imprimirse" con que el poder eclesiástico autoriza las obras de estudio ante nuestros planteles educativos. Cuando el motivo del drama aparece de nuevo, se siente una sensación de alivio, como la del viajero extraviado que alcanza a divisar el sendero que conduce al poblado.

Nótase en toda la obra una repetición continua de la palabra "personalidad", que a la larga se hace fastidiosa.

Comentamos a continuación algunos de los errores de forma y significado más visibles:

En la página 37 encontramos: “La seguridad de mi nueva situación me devolvió una serenidad implacable de criterio. Pude ver, como a la luz meridiana, que es más fácil conquistar un derecho que un amor”.

El lector apreciará de qué manera se muestra en este párrafo la sensibilidad descabellada del lirida, venciendo al criterio del filósofo que en otra multitud de páginas campea. Arrastrado por una emoción arrebatada, el autor termina dando al olvido la seriedad que pretende desarrollar en el ensayo y se entrega a poetizar. Pocas cosas tan relativas como este concepto y sin embargo, López de Mesa lo ve claro y absoluto, lo afirma categóricamente, lo sienta como una doctrina. Ignora el profesor cuántos derechos imposibles existen? Niega el psicólogo la facilidad de conquistar un amor en parte cualquiera del mundo?

En la página 96 encontramos: “Sí, el agua es mi devoción, movediza y transparente como una virgencita de los campos”. ¡Qué maravilloso descubrimiento nos hace el profesor en esta página eglógica! Hasta ahora, aunque hemos trajinado mucho por los campos, no hemos tenido la suerte de toparnos con esas vírgenes transparentes (¿cristalizadas o líquidas?) que las pupilas del filósofo retrataron cariñosamente. Muy al contrario. Las vírgenes campesinas que hemos hallado, como más retardatarias a las innovaciones de la moda, acostumbran aún esa multitud de prendas interiores de género blanco almidonado que las hace impenetrables. Aunque nos hablara de damiselas o bailarinas transparentes, lo tomaríamos como una exageración literaria. A menos que sus ojos sean un laboratorio de rayos de Röntgen...

En la página siguiente escribe: “Impiedad y locura del hombre que derriba esas majestuosas divinidades de la vegetación, silenciosas y bellas como un genio tutelar, y agota la linfa juguetona de las fuentes”. En aras de la misericordia y de la brevedad perdonamos el que llame a los árboles divinidades y genios tutelares, en una obra de la seriedad afectada de la suya. Pero la linfa juguetona de las fuentes no nos seduce, ni la podemos dejar pasar sin comentario. Bien indigestados estamos ya de literatura vieja; bien hemos paladeado durante siglos, en todas las descripciones de clásicos y románticos esta frasecita cursi, para que venga ahora un escritor del siglo XX a interca-

larla en una de sus obras. Eso de la linfa juguetona lo pusieron Teócrito y Virgilio en sus églogas, muy a su pesar creemos, pues, en esos lejanos tiempos estaba ya muy ajado. Apenas sería disculpable en un colegial de escuela urbana.

Muchas otras frases e ideas erradas encontramos, pero las columnas de la revista no pueden abrigar una crítica tan extensa como la que merecen las obras del profesor múltiple. Prometemos, eso sí, seguirnos ocupando de ellas.

En su fondo, creemos que el estudio (ya que no puede dársele el nombre de novela), es concienzudo y merece ser elogiado, menos por los conocimientos que en él se despliegan, y que considerados globalmente indican una inteligencia dedicada al estudio y a la meditación, que por la obligación de la sociedad de aplaudir y premiar a todo el que dedica su mayor o menor inteligencia al estudio de los problemas que la conciernen.

Luis López de Mesa no deja de ser una figura interesante en el panorama de las letras nacionales. Sus obras, sus artículos, le han creado una personalidad múltiple a la vez que multiforme e indisciplinada. En el batallar de las ideas ha engrosado filas y ha prestado su servicio en todos los frentes. Lo que lamentamos es que no haya podido llenar con su figura todos los puestos que ha reclamado para sí. Dotado de sensibilidad artística, en todas sus obras se destaca como un notable paisajista. Es también un buen observador de vista clara. Pero su error imperdonable es el de tratar de encerrar, sin capacidad potencial para ello, la filosofía, la psicología y la psiquiatría en una jaula lírica.

En suma creemos que "La tragedia de Nilse" llenaría su fin educativo y distractivo a la vez, publicando una nueva edición corregida y disminuída.

"LA BIOGRAFIA DE GLORIA ETZEL"

Así se intitula la última publicación empastada del doctor Luis López de Mesa. Es el estudio de las consecuencias de una gestación de la humanidad, del que se desprenden varias enseñanzas, si no expresadas, sugeridas. La necesidad de contener,

de oponerse a la manía tan generalizada de la riqueza fabulosa e innecesaria, manía que es hija de la civilización vertiginosa que nos envuelve.

El motivo sobre el que ha construído el autor el edificio de su ensayo, es la pasión de la acumulación y sus consecuencias lógicas. Esa ola que se ha apoderado de la sociedad universal, y en la cual todo —virtud, honra, religión— ha sido envuelto y ma”, que no retrocede ante el menosprecio de la mujer y del hijo, ni ante lo que en otros tiempos era considerado como principalísimo para la existencia del hombre en el conglomerado.

Es el caso de decir que en esta obra como en las anteriores del profesor, encontramos gran número de errores, ya de construcción, ya de significado en palabras y períodos, ya errores de perspectiva en sociología y sicología. Aun nosotros mismos en nuestros ensayos literarios pondremos frases como “El comienzo de una eternidad” y “de uno a otro infinito”; pero en obras que como las de López de Mesa, pretenden tener un carácter filosófico muy acentuado, tales exageraciones son inaceptables. Si la obra es filosófica, los vocablos deben ceñirse estrictamente a su significado.

En la biografía de Gloria Etzel, la trama es movida. Al menos se diferencia de *La tragedia de Nilse*, en la que no se encuentra un rasgo que amenice la aspereza del estudio, en donde dos personajes dialogan continuadamente sin dar cabida al detalle necesario y divertido.

Nótase en *La Biografía* que el profesor va acercándose, voluntaria o involuntariamente, al espíritu de la novela contemporánea, tal como la conciben los consagrados hoy como verdaderos novelistas universales; es decir, aquellos que no se reducen a demostrar su erudicción científica, sino que transmiten grandes enseñanzas y desarrollan nobles teorías dentro de un estilo aderezado, suave y distraído. El acercamiento es casi imperceptible, pero a la postre revela una evolución.

El caso sociológico de que trata el ensayo se ha repetido muchas veces en nuestra tierra y con particularidad en los períodos de nuestras contiendas civiles. Varios ejemplos nos han sido relatados por las mismas personas perjudicadas en ellos.

Los tales, al saber el acercamiento de tropas enemigas, temiendo ser despojados de sus haberes, hacían escritura ficticia a algún amigo del jefe que se acercaba. Pasado el peligro, el depositario se quedaba impunemente con los haberes que se le confiaron, por cualquier pretexto.

Además no sólo entre nosotros sino escritores de la mayor parte de los países europeos se han ocupado de este tema, con leves diferencias en el plan y en los personajes.

El doctor López de Mesa, al trajinar por estos caminadísimos senderos, y quizá por darle un ligero tinte de originalidad a su libro, ha cometido, por la manera como lo ha desarrollado, un delito contra lesa patria, un acto que juzgamos concienzudamente de indecoroso y antipatriótico. Ha colocado la carlanca denigradora en el cuerpo de un ministro del gabinete nacional y no contento con esto, ha encontrado un distinguido miembro de la más alta corporación legislativa del país, que se preste a encubrir estas vergonzosas lesiones atentatorias contra el fisco.

Además, olvidando la gallardía con que el feminismo bogotano lo ha recibido, la mujer del diputado Etzel, a la que hace figurar en su estudio como de las más linajudas y bien pensantes de la sociedad capitalina, incita y ayuda a su marido en la consumación del delito. Es decir, que no sólo atenta el profesor contra el buen nombre de la república en sus más destacados exponentes, sino también contra la pulcritud e hidalguía de la mujer bogotana.

Nosotros conocemos hasta personalmente a la clase de filibusteros de frac y sombrero de copa, que trafican con su nombre en contra del tesoro, pero no creemos patriótico el que un escritor nacional muestre como generalizadas estas lacras de nuestros dirigentes ante los lectores extranjeros. Dadas las circunstancias por que atraviesa el país, creemos que a López de Mesa debería aplicársele semejante castigo al que se le infirió en Francia a Víctor Margueritte, cuando dio a la luz pública "La Garçonne". Margueritte se vio arrojado de todos los círculos literarios donde figuraba su personalidad destacada, los círculos sociales y políticos le cerraron sus puertas, y fue prohibida oficialmente la impresión de su obra. *La biografía de Gloria Etzel* debería ser condenada al fuego por su sabor antinacionalista, más peligroso y perjudicial que un atentado dinamitero.

Afortunadamente para Colombia, el libro alcanzará muy difícilmente a traspasar nuestras fronteras.

Ningún rasgo notable encierra el ensayo de que nos ocupamos. Las ideas que desarrolla el profesor, los estudios que sin ninguna habilidad de novelista intercala en sus capítulos, han sido su tema constante en artículos, conferencias y pasadas publicaciones. Nada de original ni de importante hemos encontrado en "La Biografía de Gloria Etzel", quizá porque hemos sido lectores y oyentes asiduos de su autor.

La labor moralizadora en que pretende empeñarse es muy pesada para sus frágiles hombros de diletante policromo. Y en ella se contradice muy a menudo. En años pasados se propuso la dignificación de la mujer de nuestro país y tocó todas las piezas de su piano cascado. Ya en este año da a la luz una obra en que denigra descaradamente a la misma mujer que ensalzó y de quien se atrajo muchas simpatías.

A este carácter de volubilidad, a la poca firmeza de sus aseveraciones y a la ninguna fuerte contextura de su haber ideológico se debe el que no podamos reconocerle el título de maestro de la juventud, que Armando Solano reclamó para su cofrade el profesor, en un artículo en que expresaba, que si las generaciones nuevas no reconocían en López de Mesa un maestro, había que confesar que estaban desorientadas. Ni como sociólogo, ni como sicólogo y menos como diletante, es López de Mesa digno de ser maestro de la juventud. Y apuntamos expresamente el diletantismo del profesor porque la "generación de la boina vasca" perseguirá enconosamente a los marcados con tal adjetivo, siendo como es una necesidad de nuestro tiempo, el que todo cerebro joven se encauce hacia una concreción definida.

Uno de los capítulos que con más atención leímos por la multitud de comentarios superlativos que sobre él se hicieron, fue la descripción del panorama sabanero. Y no compartimos la admiración inopinada que por este capítulo han manifestado los que lo han leído o no leído. Nada de extraordinario tiene siendo de López de Mesa, que si fuera de un estudiante emocionado, de los que deliran con "María" bajo el brazo, afectados de la enfermedad microbiana de la "Lunofilia", probablemente aplaudiríamos su precocidad infantil. Pero el hombre que ha

rezumado estudios de cierta seriedad, que ha sabido enseñar, que ha sentado doctrinas más o menos propias, no nos deslumbra con una descripción romántica de viñedos, cerros y llanuras.

Al doctor López de Mesa se le puede dar un magnífico consejo con la fábula de don Tomás de Iriarte: "...Y bien tenga sabido que lo importante y raro no es entender de todo sino ser diestro en algo". El se ha creído capaz de apropiarse la máxima del latino: "Porque soy hombre gusto de saberlo todo y de conocerlo todo". Pero ha errado de manera lamentable y sólo ha mostrado ante los ojos de todos los que le leemos que es uno de los alucinados con arrestos leonardinos, de que hablaríamos en nuestro primer diálogo.

Anotamos que en "Civilización Contemporánea", donde tuvo una gran ocasión de lucirse, sólo hizo una obra sin seriedad y propia para diversión de modistillas sentimentales. En el susodicho estudio sostuvo la tesis que amplificó después en la *Tragedia de Nilse*, en la que, mostrando una gran incompreensión y una mayor falta de experiencia, afirma que el hijo es el mayor lazo de unión en el matrimonio. Esta tesis es tan relativa como casi todas las suyas. El hijo en nuestra época no constituye lazo de unión suficientemente fuerte, y en muchas ocasiones es objeto de constante discordia, como se adivina claramente en "La Biografía de Gloria Etzel". Para que la comunión espiritual y el ayuntamiento sean perfectos, tal como los desea D'Annunzio, no representa nada la existencia de un vástago, como no habría matrimonio perfecto si existiera el amor carnal sin la comunión espiritual.

Abandonamos por ahora el templo del profesor, donde hemos hecho estación por varias horas, pero seguiremos contemplándolo desde el horizonte, para observar su lucha contra los vientos de la renovación.

BUHONERIA LITERARIA

Por: Luis López de Mesa

El que tres conciudadanos proclamen, enardecidos, el descontento que les produce mi obra literaria, no sería suficiente a determinar en mí un deseo de rectificación, porque en el campo del pensamiento la libertad de opinión es fundamental, porque un libro que se publica pertenece al público y tiene que pelear

por sí solo la ruda pelea a que le someterán sus lectores. Mas los tres gerifaltes que hoy reniegan de mis libros, son jóvenes y universitarios además, es decir, de aquellos precisamente a quienes mi pensamiento solicitaba con efusiva deferencia, de aquellos con quienes creía estar ligado por un mismo credo de cultura. Y la expectativa alborozada que muchos tuvieron al solo anuncio de que iba yo a ser eliminado del campo de la intelectualidad colombiana, me hizo comprender que este pequeño incidente tiene algún valor más general y digno de mi atención.

Lo primero que observé en mis jóvenes críticos fue un rencor superior a mis pecados. En la literatura colombiana se han metido psicólogos, sociólogos y “hasta psiquiatras” dicen, como quien dijese: “y hasta ornitorrincos” apuntando a mi cabeza con ojos encarnizados de furia. Este “hasta” despectivo supone que para mis novatos inquisidores, la obra literaria sólo pertenece a determinados gremios sociales, que ellos enumerarán muy pronto para bien de la patria y de las letras.

Venimos a “depurar” dicen luego, pensando siempre en mí, como si yo hubiese manchado con mi obra la albura del pensamiento nacional, como si yo fuese reo de inmunda labor. Y cuando pienso en el fervor espiritual con que durante veinte años oreo mis ideas al calor de una sinceridad combativa, este grito “depuración, depuración” trae rubor de indignación a mi frente y leve temblor de saeta a los gavilanes de mi pluma.

Lo que escriben

Los tres serpentarios que han de depurar a la literatura colombiana de mi indigna obra, escriben:

Primera línea:

“Bajo la transparencia leda de la noche lunar”. Traducción: “En la alegre transparencia de una noche de luna”. “La noche lunar” es la noche en la luna, tan fría que no la resiste ningún búho colombiano. Ni creo que nadie se coloque “bajo la transparencia” de nada, y menos de la “noche leda”.

Esta primera línea nos muestra la imprecisión verbal de los niños, la penuria ideológica de los adolescentes y la audacia retórica de los legos en el arte de escribir.

Segunda línea:

“Al tañido taciturno de las dos campanadas”. Traducción: “A la hora tranquila de las dos de la madrugada”. En esta línea aparece el romanticismo que vienen a combatir airadamente, pero no el romanticismo alto y conceptuoso, sino el más virulento y desmirriado de todos, el romanticismo verbal, de alti-sonantes adjetivos e ideas descoyuntadas hasta el esguince máximo.

Línea tercera:

“Orienté mi pupila” ¡Oh cíclope!

Línea cuarta:

“Hacia la claraboya estática”.

¡Dios mío! El día que estos búhos descubran claraboyas “dinámicas”, se acabarán las ciudades, los arquitectos y hasta la especie misma de los búhos.

Línea quinta:

“Tres aves alicorvas”.

Los zoólogos no conocen aves “alicorvas”. El triángulo, sin neologismos, suministraría mejor comparación.

Línea sexta:

“Siniestros ojos de berilos”.

Los peritos en mineralogía conocen muchos berilos: ¿Cuál entonces? El “berilos” no existe ni en joyería falsa.

Línea séptima:

“Arquerías heladas del monolito”.

¡Basta! Que la humilde espadaña del templo de Santo Domingo sea una torre, que esa torre tenga claraboyas, y que todo al fin resulte un “monolito” es para que un “psiquiatra” los lleve de las orejas, no al manicomio, sino a un examen de revisión de bachillerato.

Para ese examen de revisión denunció:

Línea octava:

“Acrobacias juglarescas”.

Tres errores en dos palabras.

Línea novena:
"Subí la torre".
Una catástrofe geológica.

Línea décima:
"Los rapaces noctívagos".
Mala zoología.

Línea undécima:
"Nada de nuevo".
"Nada nuevo", ¿verdad?

Línea duodécima:
"La vida nómado".
¡Acabáramos!

Línea decimatercia:
"Poetas traduciendo".

Línea decimacuarta:
"Psiquiatras exhibiendo novelones".

Tres errores en tres palabras: no tan mal, pues respetan la posibilidad matemática: en "Elocubraciones" cometieron tres errores en una sola palabra, contra todo cálculo de probabilidades.

Línea decimaquinta:
"Romanticismo chateaubrianesco".
¡Pobre Chateaubrian (d)!

Línea decimasexta:
"Escasos tiroidianos".

Veinticinco años de estudiar fisiología no me alcanzan para entender esta frase: ¿Deficientes en secreción tiroidea? ¿Escaso el número de los enfermos de la glándula tiroides?

Detengámonos, que la vida es corta y los jóvenes búhos no acaban de disparatar en sus "elocubraciones".

Lo que leen

"Libro de los Apólogos", una majadería; "Iola", una majadería; "Civilización Contemporánea", una majadería; "Tragedia de Nilse", media majadería; "Gloria Etzel", el epítome de todas las majaderías. El que escriba estos libros, un tonto; el que los lea, "bi-tonto"; y un "tri-tonto" quien los alabe.

La táctica de los jóvenes búhos que critican mi obra es elemental y poco honesta. No contemplan en un libro ni la riqueza ideológica, es a saber, el “volumen” de conceptos que abarca, ni la dignidad del estilo, ni la propiedad de la lengua, ni, en el caso de “Gloria Etzel”, por ejemplo, la realidad y profundidad de los caracteres, el caudal de vida que tienen. Ellos copian una frase, la declaran incorrecta, sin saber por qué, adjetivan el total de la obra con tres calificativos violentos y la arrojan al canasto del menosprecio universal.

Para ellos “Los Apólogos” son una obra de filosofía. Para mí y para quien sepa leer, ésta es una divagación literaria sobre la psicología de los sentimientos.

En “La Tragedia de Nilse” no vieron el estudio emocionado de la paternidad, el dolor hecho dignidad, el superar estéticamente un destino adverso. Quizá hayan leído en lo que ya conozcan de literatura un canto más dolorido y sincero sobre el renunciamiento a la vida y al amor filial, una interpretación más delicada de lo que es para un hombre superior la hija de su sangre y de sus sueños: De mí sé decirles que todavía al contemplar espiritualmente a la hija de Nilse me estruja el corazón un golpe de ternura.

En “Gloria Etzel” no apreciaron la alteza de aquel carácter, en que la mujer, sin dejar de ser un solo instante femenina, se hunde en el misterio de la vida universal y es, con grandeza silenciosa, sibila de la especie, amparo de su hombre, ni un minuto fugaz compañera suya en el delito. Que me indiquen dónde encontraré un estudio semejante del sentimiento conyugal, antes de enrostrarme con afirmación categórica que ya todo esto conocían y tuvieron por muy trillado y muy trivial.

De un libro abominan porque no sigue a Santo Tomás en la definición de “infinito”, sin saber que a los trece años me inicié en el estudio de este concepto, que a los diez y ocho opté filosofía escolástica en examen público con una tesis sobre “materia y forma”, y que durante veinte años más he proseguido esta investigación a través de la física matemática y de los expositores de la filosofía moderna. De ahí que naturalmente me cargue el que quieran enseñarme ahora neo-tomismo criollo.

Otro libro refutan porque dice más o menos: “El pensador descubre a veces la verdad en los pliegues de una emoción”.

A esto llaman tremendo disparate, ignorantes perfectos de la psicología y de la historia. Cuando un artesano de los tiempos apostólicos, sentía emoción conturbadora ante la revelación del Cristo, no entendía intelectualmente su verdad. En esa emoción estaba, no obstante, incluido ya todo el significado de aquella magna revolución. Y en la psique de los grandes inventores, en Newton, en Galileo, en Copérnico, en Pasteur, en Edison, la emoción de un presentimiento, fue brújula indeficiente y rara hacia la verdad que perseguían.

Para mis jóvenes búhos “Civilización Contemporánea” no merece siquiera el honor de una diatriba. Es la máxima miseria intelectual. Es la nada. Pobre hijo de mi alma, libro mío: ¿cómo dejarlo ahogar en el silencio rencoroso de mis detractores?

En una carta me dice de él Guillermo Ferrero:

“C’est un libre, le votre, qu’on lit et qu’on étudie avec profif” (Es un libro, el suyo, que se lee y que se estudia con provecho).

Benedetto Croce, refiriéndose a la misma obra, opina: “Gustando molto l’equilibrato sus guidizio e il puro senso morale”. (Con gusto he apreciado su juicio equilibrado y su puro sentido moral).

Gonzalo Zaldumbide, comentándolo también:

“Pocos representantes tiene como usted en América esa casta de espíritus que parecía condenada a desaparecer o a abdicar”, (se refiere a la pulcritud del pensamiento y del estilo).

Francisco García Calderón, en fin, la recuerda con estas palabras: “no veo sino uno o dos pensadores de su talla en América”.

Gran malestar me causa el hacer estas citas que pudieran tomarse como un brote de vanidad puril, pero a consecuencia de la actitud polémica que he considerado patriótico asumir en algunos momentos, contra toda mi vocación ciertamente, se ha presentado una reacción desfavorable a mi obra, que considero útil parar a tiempo, por que con el demérito de mi persona no sufran también las ideas que quisiera difundir en favor de la cultura nacional.

Lo que piensan

Mas no se piense que es falta de comprensión mental. No creo equivocarme al decir que estos jóvenes estiman mi obra. Las citas que de ella hacen coinciden con pasajes de mucho estudio, y el rencor con que las rechazan, revela que en ellos hay una lucha entre adherir sinceramente a lo que leen y una fuerza extraña que los conduce a rechazarlo.

¿Por qué?

No es difícil encontrar la clave de este pequeño problema de psicología. Encuentro en ellos tres fuerzas que me combaten: el espíritu de grupo, es decir, el que yo pertenezca a una generación que no es la suya; el espíritu de partido, a saber, el estar ellos afiliados a una bandería tradicionalista y ser yo independiente; tercero, el representar ellos una modalidad perturbada de nuestra civilización, consistente en querer triunfar, no por esfuerzo propio continuado, no por una labor meritoria de tesonera preparación y de sacrificios personales, sino mediante el filibusterismo de asaltos audaces para escalar posiciones desalojando de ellas a quienes ya las ocupan o hiriendo de muerte a quienes puedan ocuparlas. No conozco a estos jóvenes ni de nombre, mas pudiera decir a qué grupo conservador pertenecen y en qué clase de gobierno llegarían a ser ministros del despacho. Me parece que los veo íntimamente, y seguro estoy de que triunfarán contra las decisiones de su propia conciencia.

Lo que hacen

Sí, me duele. ¿Por qué habría de negarlo? Me duele que una obra de la alteza moral de "Gloria Etzel", en vez de producir en otros los delicados sentimientos que proclama y enaltece, haya dado ocasión a que estallen en tres miembros de la juventud colombiana el negro pecado de una evocación conscientemente equivocada y traidora.

Me duele, y me duele como una derrota implacable. Pero lean ustedes ¡oh contendores desleales!, lean este grito de mi alma: Pasarán los años y llegará para ustedes la serenidad de la madurez, pasarán los años y la senectud traerá decoro a sus cabezas encanecidas entonces mas el rubor de esta emboscada no se les borrará nunca. Y no olviden, de hoy en adelante, que en Colombia no se vence con puñaladas en la espalda y menos aún dentro del dominio señorial del pensamiento.